

## El Cuerpo

Esa noche ángel y demonio pondrían fin a 9.000 años de enfrentamiento. Juntos habían recorrido distintos mundos, distintos tiempos, distintos cuerpos.

Desde que fuera arrojado a la tierra, su alado compañero se transformó en su guardián.

Dios los encerró como enemigos en un mismo cuerpo por toda la eternidad.

Pero él estaba decidido a torcer el sentido de la eternidad ya no se conformaría con controlar un cuerpo y transar en otro ahora lo tomaría todo. Miró el calendario 14 de junio, recorrió cada rincón de la habitación hasta dar con un reloj 23:59, observó con atención los números fluorescentes, 00:00. Comenzó la lucha.

Profundos gritos se alzaron desde aquella garganta, los músculos se agitaban y el cuerpo se irguió sobre el colchón azotando la cabecera de la cama contra la muralla inundando la habitación con pequeños trozos de concreto.

La lucha proseguía incansable, desmesurada en el interior mientras el caparazón se estremecía con cada estocada que se proferían.

Las venas se dilataron hasta estallar bajo la piel, las piernas se retorcían en una danza grotesca. Aquel vientre de hembra creció hasta que los rasgos de ambos se manifestaron cubiertos por la misma carne.

Las filosas armas que poseían perforaban la espalda, carcelero y cautivo se forzaban a abandonar el cuerpo. El primero en obtener la libertad perdería la histórica batalla.

Los gritos de ambos seres se confundían en un interminable scherzo de dolor.

Durante la lucha las venas del cuerpo reventaron transformando la piel en un mapa de amoratadas líneas. El torrente rojizo no tardó en brotar por boca, ojos, oídos, nariz. La bestia se agitó con fuerza asomando por la matriz.

-tomaré otro lo he hecho y lo volveré a hacer- la habitación fue presa de un gélido silencio, el ángel se agazapó en lo más profundo del cuerpo.

El líquido sanguinolento escurrió por la comisura de los labios penetrando en la boca hasta alojarse en la garganta.

Lo nauseabundo de la extraña mezcla, mitad sangre, mitad fluidos infernales agitó el cuerpo en un enorme espasmo. La cabeza se ladeó hasta expulsar aquel brebaje infernal sobre el suelo una y otra vez, convirtiendo la garganta en un tobogán de fuego.

Un charco rojizo inundó la almohada. Penetró en los cabellos hasta transformarlos en una masa maloliente.

El cuerpo estaba débil amenazaba con desaparecer bajo el poderoso bramido de la lucha. Cada muerte era un comienzo nacían en nuevos mundos. El tiempo corría incansable para los disímiles compañeros.

Magos, brujos, profetas, todos habían intentado poner fin a la lucha, con los mismos resultados: extinguían el cuerpo pero jamás a sus habitantes nacían en un nuevo cuerpo, una y otra vez.

Sus últimos nacimientos fueron singulares, ya nadie creía en ellos, sólo querían salvar el cuerpo. Apresados en aquella maraña de carne y huesos veían el desfile interminable de hombres ataviados con blancas batas, portadores de pequeñas jeringas. Había uno que le gustaba hablar, hacer preguntas que el demonio se divertía contestando en su lengua primera la que usaba cuando su poder era ilimitado y moraba libremente en aquel reino del que salió por voluntad propia.

Sin embargo, a pesar de la diversión que le proporcionaban sus rostros asombrados prefería a sus antiguos curanderos, aquellos que en nombre de Dios intentaban liberar a su eterno guardián y enviarlo de regreso a su mundo. Pero su mundo era este sólo necesitaba una pequeña oportunidad.

Cuantos ritos había presenciado en aquella eternidad que para él no era más que un suspiro y cuantos exorcistas no habían desfilado frente a sus ojos, no recordaba a ninguno, el único semblante que decidió conservar fue el de aquel joven que acompañaba al predicador de Jerusalén. Se deleitaba evocando la sonrisa cómplice que le dirigió cuando todos lo creyeron vencido. Recordaba las expresiones de veneración otorgadas al profeta mientras ellos penetraban en otro cuerpo, sólo aquel muchacho parecía verlo con claridad. Si la eternidad fuera privilegio de los mortales sin duda ese hombre sería un digno compañero de armas.

Mas fue la figura del otro, del frágil hechicero la que los acompañó en muchas muertes siempre que un cuerpo dejaba de existir, lo último que veía era su figura doliente sobre una cruz de madera, ya fuera en la comodidad de una cama o en medio de la humareda de una hoguera.

Una mujer entro y limpió el cuerpo de pies a cabeza, luego con mucha suavidad se acercó a su oído.

-encontré a quien puede salvarte-El ángel se estremeció ante la inocente bondad de aquella voz. La importancia del cuerpo era definitiva pelearían por el control.

Recorrieron un estrecho pasillo hasta llegar al ascensor. El rostro de la enfermera se contraía una y otra vez en pequeñas sonrisas. Llegaron al estacionamiento. Un sacerdote ataviado de riguroso negro esperaba con atención. No había visto uno así desde hacia cientos de años, tenía la determinación de los antiguos, le sonrió. Su milenario compañero se movió con suavidad.

-padre esta es la joven de la que le hablé

-como te llamas hija

-Luisa Fernanda padre-besó con desesperación su mano. El ángel se estremeció en su interior -se lo ruego nadie cree en mi tiene que salvarme sólo usted puede hacerlo-. El

sacerdote cambió la Biblia de una mano a otra. Era su oportunidad. Sin que su compañero se diera cuenta escupió sobre el libro sagrado apresurándose a hablar en su lengua. El ángel enterró sus uñas bajo la piel del rostro contrayendo la mandíbula hasta que los dientes crujieron desfigurando la cara.

-es el lenguaje más antiguo que he escuchado- la voz del sacerdote estaba plagada de sorpresa. Levantó la cruz dándole la oportunidad de escupir una sanguinolenta bola de fuego. Se solazó con el sonido de los gritos.

-debemos empezar de inmediato, ¿trajo lo que le pedí?-la enfermera extrajo de su bolso un crucifijo, un rosario y un a pequeña estampa de la virgen, mientras el sacerdote ayudado por otros levantaba un improvisado altar.

Sobre unas cajas colocaron un mantel blanco y seis velas, las que se apresuraron a encender.

La bestia estaba inquieta asustada observando con atención cada uno de los movimientos de las tristes figuras de negro.

Uno de los sacerdotes se acercó hasta la camioneta y extrajo una enorme cruz y una impresionante imagen de la virgen con el niño en brazos. Pudo sentir el pavor de su centenario acompañante, el hielo de su cuerpo congeló sus propias venas. Anulando cualquier posibilidad de movimiento, ella quería moverse gritar, maldecir pero él se apoderó de su cuerpo paralizándola. Palucha fue intensa ella comenzó a convulsionarse.

El sacerdote ordenó que le quitaran las amarras, la enfermera intentó explicarle el peligro al que se exponía.

-yo la he visto trepar por las murallas, torcer los barrotes con sus dientes. Anteayer atacó a uno de los enfermeros le arrancó cuatro dedos de la mano

-debemos soltarla, confíe en el poder de nuestro creador- la mujer la desató. Que bien se sentía la libertad.

-Luisa Fernanda hija, debes recostarte aquí-señaló un pequeño colchón. Obediente se acomodó sobre el con los pies apuntando al altar y la vista clavada en la cruz.

El sacerdote extendió su mano derecha sobre el rostro de la joven, ella quiso inclinar la cabeza hacia un lado, la bestia la mantuvo firme mirando hacia la cruz hasta que su cuello amenazó con quebrarse. Ella giró violentamente su cabeza de un lado a otro.

Ante la rebelión de su Némesis el sacerdote ordenó que la sujetaran de pies y manos para proseguir con el ritual.

El clérigo colocó el crucifijo sobre el vientre. Un rápido movimiento lo expulsó del cuerpo hasta que este se convulsionó.

Insistió presionando el objeto sagrado contra el pecho, el extraño ser lo retorció entre sus manos, sólo lo separaba del sacerdote la piel de aquel organismo casi inerte. Se trezaron en una lucha feroz.

-Besa el crucifijo-la voz apremiante del párroco retumbó en el lugar.

El tórax reventó dejando ver bajo la carne ensangrentada un rostro contraído donde sólo se podían distinguir unos labios rojizos posándose devotamente sobre la cruz

-que Dios nos perdone padre-la criatura avanzó tambaleándose, desplegó sus alas y cayó de rodillas, su rostro perdió las formas grotescas y se volvió puro casi humano emanando una luz que inundó toda la habitación.

El cuerpo se transformó en una masa sanguinolenta que escurrió lentamente por el piso empantanando todo.

El sacerdote se arrodilló en completa devoción

-bendito seas por librarnos de la perversión del demonio-gruesas lágrimas escurrieron por los ojos de aquella criatura fantástica, sus alas se agitaron por un momento.

-Dios nos ha bendecido con tu presencia, arrodíllense todos y agradezcan conmigo- el brillo del ángel se esfumó y la masa sanguinolenta del piso se transformó en un tornado

relampagueante sobre el cuerpo hasta penetrar su interior. Sus ojos se abrieron y una enorme inhalación infló su pecho, se enderezó tranquilamente.

-Dios te ha salvado hija, ven aquí y arrodíllate frente a tu salvador-la joven extendió su mano y una enorme espada de fuego apareció sobre ella, la blandió en los aires y el cuerpo del ángel se partió a la mitad

-no padre, yo no me arrodillo ante nadie-levantó la espada una vez mas y la paredes quedaron cubiertas de sangre mientras Lucifer se perdía en medio de las luces de la ciudad.